

La banda de Bonnot

Jules Bonnot, el jefe de la banda.

Eduardo Pons Prades

TODOS sus miembros procedían de grupos anarquistas franceses y belgas. Eran, en cierto modo, los herederos espirituales de los comuneros de París y de los inmolados de la Semana Trágica barcelonesa. Y se encontraban profundamente impresionados por la ignominiosa ejecución de Liabeuf, un joven anarquista sorprendido, por inspectores de policía, en compañía de una muchacha prostituta, a la que él se había acercado para redimirla. La policía le propuso ser un delator, bajo la amenaza de procesarlo si no aceptaba, como proxeneta. Al negarse a colaborar fue bestialmente interrogado, procesado y encarcelado. Al salir de prisión se procuró unas pistolas —él, que nunca había empuñado un arma— y envió a cuatro policías al hospital, tras vaciar sobre ellos los cargadores de dos armas cortas. Liabeuf sería guillotinado. Poco después, otro anarquista, Alexandre Jacob, ante el tribunal que le condenó a cadena perpetua, proclamaría: «La lucha proseguirá hasta que los hombres pongan en común sus alegrías y sus penas, su trabajo y sus riquezas; hasta que todo pertenezca a todos».



María Vuillemin.

PACIFISTAS Y NATURISTAS A ULTRANZA

Los anarquistas siempre sintieron un gran respeto por la vida humana. Su ideología se centraba, por ello, en alcanzar para el hombre las máximas cotas de dignidad y de libertad. Esto es: en hacerle plenamente responsable de su vida, armoniosamente insertada en un quehacer comunitario. En Francia, y también en España —y muy particularmente en Cataluña— las familias anarquistas, siempre agobiadas por las dificultades del presente y por su problemático futuro, se esforzaban por adecuar su comportamiento a sus ideales. Así, en **Batalla Sindicalista** (1912), portavoz de la Federación de Trabajadores de la Alimentación de Francia, podemos leer: «Procrear niños, a sabiendas de que no se les puede asegurar lo NECESARIO, es criminal. No basta con dar a nuestros hijos alimento para sus cuerpos, debemos alimentar también su cerebro. Eduquemos a nuestros hijos. El alcohol es el principal enemigo del obrero, porque lo embrutece, lo envilece, y lo mata. Obrero, sé sobrio». Conocida es, asimismo, su inclinación a las excursiones campestres y su amor a la Madre Naturaleza. Y la práctica de preceptos sanos: vestirse con ropa limpia y holgada y no cubrirse demasiado. Comer con mesura y según las normas vegetarianas. Predican que el tabaco y las

bebidas alcohólicas perturban la mente y dañan la salud. Y ejercitan a diario la cultura física.

Con el paso del tiempo, y comprobando la cerrilidad de los exploradores, muchos de los que antes reconocían en el libro «el mejor amigo del hombre», más tarde replicarían, a quienes seguían creyendo en la acción manumisora de la cultura, «sí, y el mejor compañero una buena pistola». Y así comenzaron a hablar las **armas** y a rugir las bombas, en manos de quienes hasta entonces sólo habían empuñado las herramientas del trabajo y frecuentado, con ejemplar devoción, las bibliotecas. Frente a la violencia legal (35.000 muertos, 38.000 detenidos y miles de fugitivos y desterrados, costó a los revolucionarios de la Comuna de París la represión emprendida por el gobierno de Francia en 1871), se erguía la contraviolencia de los explotados y de los marginados.

LAS BIBLIOTECAS: CRISOL DE LA REBELDIA

Víctor Kilbatchiche («Víctor Serge») y Eduardo Carouy se conocieron, en mayo de 1906, en una librería-collado de la calle Ruysbroek de Bruselas. Carouy, desde muy joven, destacó por su afición a abrir todas las jaulas que encontraba y poner en libertad a los pájaros cautivos. Esta costumbre no la perderá nunca. Víctor, el futuro amigo y confidente de Trotsky, es un caso particular: era hijo de un exiliado ruso y muy pronto tiene acceso a la biblioteca de su padre. Nos lo cuenta en sus **Memorias de un revolucionario**: «Mis libros de cabecera fueron los gruesos tomos de **La Historia de la Revolución Francesa**, de Luis Blanc. De ella discutía a menudo con su progenitor. Más tarde, se agregó a la tertulia Raymond Callemin «Raymond la Ciencia», que sería el «teórico» de la banda de Bonnot. El conocimiento, para nosotros, era consustancial con la vida, era la vida misma. Las palabras **pan, hambre, dinero, miseria, trabajo, paro, casero, alquiler, casa de empeño**, tenían para mí un sentido cruelmente concreto que debía predisponerme, creo yo, al materialismo histórico».

Los enigmas del Universo, de Haeckel, las obras de Arturo Comte, de Rousseau, de Proudhon, de Kropotkin, son leídas y anotadas avidamente en la Biblioteca Real de Bruselas. Víctor será aprendiz de fotógrafo, mozo de recados, técnico en calefacción central, y finalmente delineante, con jornadas de doce y trece horas, y un salario insufi-

ciente para vivir con una mínima dignidad. Raymond trabajó como aprendiz en una panadería y luego en una carnicería. El panorama era el mismo por todas partes: sus compañeros de trabajo, hambrientos, humillados, se daban a la bebida y se hundían en la desesperación. Pero ellos no estaban dispuestos a sufrir semejante degeneración:

Todos los domingos salían al campo. Así descubrirían la **Comunidad Libre** de Stockel, a unos diez kilómetros de la capital belga. Lo primero que encontraron fue una gran mesa llena de libros y folletos. Y un plato con algunas monedas, con una etiqueta pegada que decía: «Llévate lo que quieras y pon aquí lo que puedas». Se quedaron boquiabiertos al ver que nadie vigilaba la mesa. Compartían fraternalmente la comida —siempre frugal— y en la sobremesa se abrían los debates.

Allí aprendieron a manejar las máquinas de imprimir. Al poco tiempo encontraban con el grupo redactor del **Rebelde**, donde se unió a ellos De Boe, un tipógrafo sin empleo fijo, a causa de sus ideas anarquistas. Su padre, como el de Callemin, ambos viejos militantes socialistas, habían naufragado en el alcoholismo. Octavio Garnier «Octavio el peón», se agregó a ellos poco después. Un rasgo que caracterizó a muchos de ellos fue la pérdida —moral o física— de sus padres a temprana edad. «Ninguno de los hombres que he conocido a lo largo de mi vida —ha escrito Víctor Serge, de Garnier—, me hizo comprender la impotencia, la inutilidad incluso, del pensamiento en la formación de aquellos a los que la naturaleza ha dado una fuerza y una sensibilidad capaces de asimilar, con toda la brutalidad que la existencia nos impone, una interpretación puramente técnica de la lucha por sobrevivir. Era una fuerza errante, desamparada a veces, en busca de una inapresable, y quizá imposible, nueva dignidad para el hombre». Siendo un mozalbete, Garnier fue detenido, a raíz de una huelga, y aporreado brutalmente. Ese día nació su rebeldía y desde entonces el muchacho se negaba a discutir y menospreciaba las palabras. Para él no existiría más que la acción directa y la obsesión de no dejar que el enemigo golpease el primero.

Otro futuro miembro de la banda, René Valet, ejercía su oficio de artesano-cerrajero en el castizo barrio parisino de Denfert-Rochereau y acostumbra a ir por las tardes, a la Biblioteca de Santa Genoveva. Su espíritu inconformista, ante tanta arbitrariedad y tanta injusticia, se formaba poco a poco a la sombra de las estanterías donde yacía la historia del mundo. La ejecución del joven Liabeuf catalizó su rebeldía y el asco

Le Petit Journal

ADMINISTRATION
11, rue Lafayette
PARIS

5 CENT.

SUPPLEMENT ILLUSTRE

5 CENT.

ABONNEMENTS

27^e Année

Número 1.521

DIMANCHE 12 MAI 1913

PARIS: 100 F. — 3 M. 300 F. — 6 M. 600 F. — 1 AN. 1.200 F. — 2 ANS. 2.400 F. — 3 ANS. 3.600 F. — 4 ANS. 4.800 F. — 5 ANS. 6.000 F. — 6 ANS. 7.200 F. — 7 ANS. 8.400 F. — 8 ANS. 9.600 F. — 9 ANS. 10.800 F. — 10 ANS. 12.000 F. — 11 ANS. 13.200 F. — 12 ANS. 14.400 F. — 13 ANS. 15.600 F. — 14 ANS. 16.800 F. — 15 ANS. 18.000 F. — 16 ANS. 19.200 F. — 17 ANS. 20.400 F. — 18 ANS. 21.600 F. — 19 ANS. 22.800 F. — 20 ANS. 24.000 F. — 21 ANS. 25.200 F. — 22 ANS. 26.400 F. — 23 ANS. 27.600 F. — 24 ANS. 28.800 F. — 25 ANS. 30.000 F. — 26 ANS. 31.200 F. — 27 ANS. 32.400 F. — 28 ANS. 33.600 F. — 29 ANS. 34.800 F. — 30 ANS. 36.000 F. — 31 ANS. 37.200 F. — 32 ANS. 38.400 F. — 33 ANS. 39.600 F. — 34 ANS. 40.800 F. — 35 ANS. 42.000 F. — 36 ANS. 43.200 F. — 37 ANS. 44.400 F. — 38 ANS. 45.600 F. — 39 ANS. 46.800 F. — 40 ANS. 48.000 F. — 41 ANS. 49.200 F. — 42 ANS. 50.400 F. — 43 ANS. 51.600 F. — 44 ANS. 52.800 F. — 45 ANS. 54.000 F. — 46 ANS. 55.200 F. — 47 ANS. 56.400 F. — 48 ANS. 57.600 F. — 49 ANS. 58.800 F. — 50 ANS. 60.000 F. — 51 ANS. 61.200 F. — 52 ANS. 62.400 F. — 53 ANS. 63.600 F. — 54 ANS. 64.800 F. — 55 ANS. 66.000 F. — 56 ANS. 67.200 F. — 57 ANS. 68.400 F. — 58 ANS. 69.600 F. — 59 ANS. 70.800 F. — 60 ANS. 72.000 F. — 61 ANS. 73.200 F. — 62 ANS. 74.400 F. — 63 ANS. 75.600 F. — 64 ANS. 76.800 F. — 65 ANS. 78.000 F. — 66 ANS. 79.200 F. — 67 ANS. 80.400 F. — 68 ANS. 81.600 F. — 69 ANS. 82.800 F. — 70 ANS. 84.000 F. — 71 ANS. 85.200 F. — 72 ANS. 86.400 F. — 73 ANS. 87.600 F. — 74 ANS. 88.800 F. — 75 ANS. 90.000 F. — 76 ANS. 91.200 F. — 77 ANS. 92.400 F. — 78 ANS. 93.600 F. — 79 ANS. 94.800 F. — 80 ANS. 96.000 F. — 81 ANS. 97.200 F. — 82 ANS. 98.400 F. — 83 ANS. 99.600 F. — 84 ANS. 100.800 F. — 85 ANS. 102.000 F. — 86 ANS. 103.200 F. — 87 ANS. 104.400 F. — 88 ANS. 105.600 F. — 89 ANS. 106.800 F. — 90 ANS. 108.000 F. — 91 ANS. 109.200 F. — 92 ANS. 110.400 F. — 93 ANS. 111.600 F. — 94 ANS. 112.800 F. — 95 ANS. 114.000 F. — 96 ANS. 115.200 F. — 97 ANS. 116.400 F. — 98 ANS. 117.600 F. — 99 ANS. 118.800 F. — 100 ANS. 120.000 F.



El asedio de Jules Bonnot duró más de cuatro horas.



Victor Kilbatchiche, «Victor Serge».



La compañera de «Victor Serge», Rirette Maitrejean.

que sentía hacia la sociedad y sus secuaces uniformados o togados. La guillotina había sido instalada en el bulevar Aragón. Acudieron gentes de todas partes. Unas —las menos— a manifestarse en favor de Liabeuf; otras, a divertirse. **La Guerra Social** apareció aquél día con titulares a toda plana: «Si se atreven a accionar la guillotina correrá más sangre alrededor de ella que debajo». La víspera de la ejecución comenzaron los enfrentamientos violentos, que durarían toda la noche, entre los manifestantes y la policía. René Valet luchó al lado de Víctor y de sus compañeros, que no conocía, pero de los que ya no se separaría nunca más. Aquella noche fue golpeado y dejado sin sentido, a su lado, el destacado militante socialista Jean Jaurés, el cual sería asesinado, en 1914, a dos pasos de la Primera Guerra Mundial, a causa

de sus enervados esfuerzos e intervenciones públicas en pro de la paz.

LIBERTAD: HIJO NATURAL DE UN GOBERNADOR CIVIL

Pasar clandestinamente de Bélgica a Francia y viceversa era bastante fácil, no sólo debido a la escasa vigilancia —tradicional, a causa del diario trasiego de la mano de obra minera—, sino también gracias a la solidaridad de los trabajadores fronterizos. La «emigración» era obligada cuando se acercaba la fecha del servicio militar. El grupo de Víctor Serge, huído a Bélgica, tras la ejecución de Liabeuf, regresaría a Francia pocos meses después y se instalaría en Romainville, en los locales del semanario **La Anarquía**. El ge-



En el patio del garaje, en el que cayó Bonnot, los más despabilados organizan una subasta de «recuerdos» del asedio...

rente era André Roulot «Lorulot», asistido de Luisa Dieudonné «La Venus Roja». El esposo de ésta —Eugenio— era un hombre trabajador, honesto a carta cabal y de una entereza ejemplar. Empezó a trabajar como aprendiz de carpintero a los trece años y amaba tanto su oficio que solía decir: «A mí la madera me habla». Apenas cumplidos los quince años participó en una huelga y poco después «entraba en anarquía», como quien entra en una orden religiosa. El detonador fue la muerte de su mejor amigo, al que la policía, en una manifestación, destrozó el pecho a culatazos. En casa de un correligionario, Charles Bill, conocería a Luisa, una muchacha guapísima, coqueta, discreta, que lo escuchaba como encantada, cuando Eugenio exponía lo que sería el mundo futuro: «Aboliremos la explotación del hombre por el hombre. Vamos a hacer la revolución enseguida para conquistar la libertad».

Su primera salida fue para asistir a una conferencia de Libertad, el apóstol del movimiento **La Anarquía**. Libertad era hijo natural de un **Préfet** (gobernador civil) y, a causa de sus enfrentamientos verbales con los pro-

fesores del Liceo de Burdeos, a los que consideraba cómplices de su padre, no tardó en ser catalogado como un «inadaptado social». Se le temía por su rebeldía y se le odiaba por su cultura. Y, pese a estar impedido de las piernas, tan sólo con la ayuda de sus muletas, recorrió los seiscientos y pico de kilómetros que le separaban de París a pie. Por el camino enriqueció notablemente su conocimiento del mundo —su «cultura silvestre», como él la llamaba—, puesto que, a cambio de lecciones de gramática y de aritmética, vivió en docenas de hogares campesinos, durante el viaje. En París adquirió fama enseguida por sus polémicas con los curas, a los que reprochaba que, al contrario de Jesucristo —que lo daba todo sin pedir nada a cambio— ellos lo comercializaban todo, hasta la caridad.

A Libertad —nombre que él mismo se dio entonces—, como a tantos otros anarquistas, fue la desgracia ajena, más que la propia, la que lo transformó en un revolucionario insoportable. Se encontraba en la cárcel —condenado a seis meses de prisión por «escándalo público»— cuando procesaron a Ale-

jandro Jacob, el cual, ante el tribunal, declararía: «Como no reconozco a nadie el derecho a juzgarme, no imploro ni el perdón ni la indulgencia. A los que odio y desprecio no les pediré nada. Comprendo muy bien que todos ustedes hubiesen preferido que me sometiese a sus leyes, que fuese un obrero dócil y aborregado, que crease riquezas a cambio de un mísero salario, y que, cuando ya no sirviese para nada, que me retirase, hecho una piltrafa, a morir en uno de vuestros asilos, tirado en un solar o debajo de un puente. Entonces no me hubieseis llamado «bandido cínico», sino «honrado trabajador», y con un poco suerte hasta me hubiesen dado la medalla del trabajo. Los curas al menos ofrecen un paraíso a los tontos que los escuchan. Mientras que vosotros liquidáis vuestra deuda con los explotados con un pedazo de papel en forma de diploma».

LA COMUNIDAD ANARQUISTA DE ROMAINVILLE

En 1911, en la comunidad de Romainville, encontramos a Callemín, a Valet, a Garnier y a Carouy. Y también a Metge, el cocinero, a Monnier «Simentoff» —un antiguo floricultor—, a Bellonie —de Lyon—, a André Soudy «Sin suerte», un muchacho tuberculoso, cuya única ventura, en su vida, había sido la de encontrarse con Víctor Serge y su mujer Rirette, que lo querían como a un hermano. Un expresidiario, Huc, cuidaba del corral y cultivaba el huerto. Disponían de varias duchas, de habitaciones independientes, de una biblioteca, de una sala de reuniones y de un despacho para los redactores del semanario.

Víctor y Rirette fundaron un círculo de estudios: **La Libre Búsqueda**. Pero todo aquello era difícil de mantener, porque la publicación acarrearba muchos gastos. Como les dijo Víctor Serge: «La ideología no se come». Entonces, Raymond la Ciencia propuso pasar a la acción para recoger fondos. «Con el botín recuperado podremos hacer frente a los gastos revolucionarios». Allí surgió el primer desacuerdo profundo: Víctor Serge condenaba públicamente la ilegalidad como recurso, alegando que era infantil, absurdo y que no conduciría más que al suicidio colectivo. Del grupo de Raymond la Ciencia tan sólo se abstuvo René Valet. Los demás trataron a Víctor Serge de «vendido y traidor». Días más tarde, una nube de policías se abatía sobre la comunidad, mandados por un hombre de carnes enjutas, cara triste y de una cortesía inhabitual en un inspector de policía: era el señor Jouin, Subjefe de la Seguridad. Trató de entablar conversación con Víctor y Rirette, pero ésta lo cortó en seco: «Seguiremos siendo rebeldes mientras existan las cárceles». Se salvaron de la redada: Carouy —y Jeanne, su compañera—, Callemín y Garnier. Con la venta de las viejas máquinas —malvendidas— y del centenar de inquilinos del corral, se liquidó la comunidad. Alguien vaticinó: «no importa, la volveremos a reorganizar en cualquier otro lugar...». Otro dijo: «Nos dejaban tranquilos mientras vegetábamos en la comunidad, pero en cuanto se han olido que íbamos a pasar a la acción se terminó la libertad burguesa». Las actividades de unos y otros —sobre todo con la aparición de Bonnot— derivarían hacia terrenos muchos menos pacíficos. El acorralamiento había comenzado.



Raymond «La Ciencia».



Soudy «Sin Suerte».



Dieudonné «El Carpintero».



El robo de automóviles, para realizar atracos, se hacía siempre a punta de pistola.

UN IMPLACABLE HOMBRE DE ACCION ENTRA EN ESCENA

Jules Bonnot nació en Pont-de-Roide, en 1876, al pie de los Alpes Jurasianos franceses. Perdió a su madre a los cinco años, su única fuente de ternura. A partir de aquel día, el pequeño Bonnot tuvo que sufrir los castigos que le imponía el padre —cansado por el agotador trabajo en la fundición y enervado por la media docena de hijos a los que debía atender— y las bofetadas del maestro. Este dijo de él que era un perezoso, un indisciplinado y un insolente. A los doce años, Bonnot deberá enfrentarse con otra clase de brutalidades: las de los patronos que lo toman como aprendiz. Hasta su marcha al servicio militar —donde observará una conducta sin tacha—, su terruño natal será escenario de violentas peleas; sobre todo en los bailes públicos, en las que Bonnot llevará siempre la mejor parte. Es detenido varias veces por los gendarmes, que le dan unas palizas tremendas. Por eso su odio hacia las fuerzas de orden público prevalecerá siempre sobre los demás.

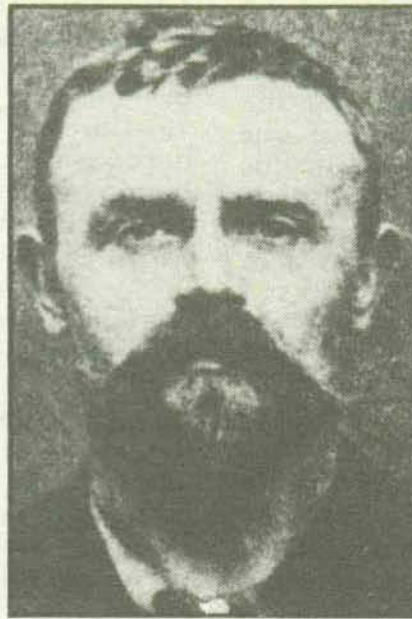
Durante unas maniobras, en 1899, conoce a Sofía Burdet, con la que se casará al terminar el servicio militar, instalándose en Bellegarde, muy cerca de la frontera suiza. Bonnot trabaja como ferroviario. En los años 1900 y 1901 las convulsiones sociales arrecian y al ser incluido en una lista negra (el pacto del hambre), a causa de sus actividades sindicales, Bonnot y los suyos deben emigrar a Lyon, donde les nace Justo, su primer hijo, en 1904. El secretario del sindi-

cato de ferroviarios se lleva a su mujer y a su hijo a Ginebra, donde reside la madre política de Bonnot. Acabarán haciendo vida marital y, sin embargo, Bonnot no empleará nunca la violencia ni contra su mujer ni contra su excompañero de sindicato. Bonnot hace el balance de aquellos años de humillación, de explotación, de privaciones y de sufrimientos. Sólo, sin el freno afectuoso de los suyos, el ferroviario se va deslizado hacia la delincuencia. Primero se apodera de bicicletas y motos, que vende con la complicidad de un anarquista italiano: Platano. Por aquellos años, en Francia circulaban unos treinta mil automóviles y el robo de tales vehículos era prácticamente inexistente. Bonnot, aprovechando sus conocimientos de mecánica, empezó a sustraer coches. Disponiendo de dinero, haría varios viajes a visitar a su mujer y a su hijo, tratando de recuperarlos, pero su esposa se negó siempre a volver a Francia.

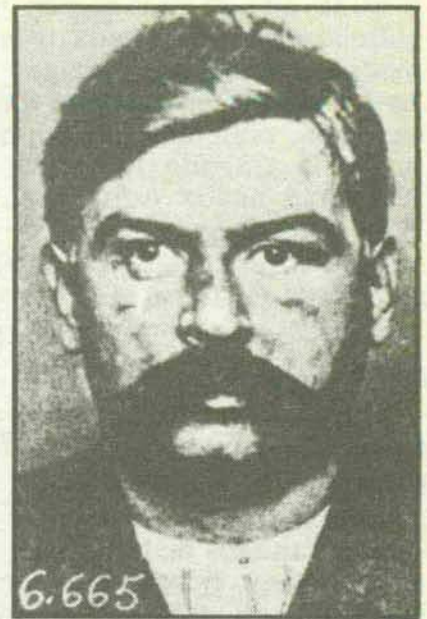
El futuro jefe de la famosa banda sabe que el disponer de un coche es signo de distinción. Y que, por tanto, el actuar motorizado le permitirá dar golpes económicos (atracos) sensacionales. Las primeras víctimas serán los notarios. Bonnot se presenta en la notaría muy bien trajeado, solicitando información para la fundación de una sociedad o la puesta en marcha de una importante transacción comercial. Deja el coche en lugar bien visible, de modo que el notario, ganado por la confianza, no sospeche que el visitante está, en realidad, **fotografiando** lo que, en una noche de lluvia —para amortiguar el ruido—, será el lugar de autos. Su mejor golpe: 36.000 francos en oro y billetes. Una verdadera fortuna. Con la ayuda de un exmecánico de la casa Berliet, un tal Petitdemange, Bonnot monta un taller-tapadera. Pero alguien lo denuncia y tiene que salir huyendo. A los pocos días atraca el vagón-postal del expreso París-Lyon. Después, en compañía de Platano —que acaba de regresar de Italia—, al volante de su Buick 18 HP, Bonnot cambia de aires. El sueño de su vida era adquirir una finca en la Argentina. Dato curioso: Enrico Malatesta, anarquista italiano y eminente teórico de las ideas ácratas, emigró a la Argentina y participó en la prospección del oro en la Patagonia. Con una sola meta: laborar exclusivamente en pro de la Causa anarquista. Cuando se disponía a regresar al Viejo Continente, las autoridades argentinas, acusándolo de ser un condenado político, le confiscaron todo su equipaje. Recuérdese: cuando el escritor valenciano, Vicente Blasco Ibáñez, adquiere una gran finca, para fundar una comunidad cuyos pilares fundamentales sean la libertad, la fraternidad y la prosperidad, su sueño libertario («de cada



Callemin.



Dubois.



Gauzy.

cual según sus capacidades y para cada cual según sus necesidades») lo concretizará también en la pampa argentina. «Sí, eso haremos —le dice a Platano—, entregaremos una suma de dinero a los compañeros de **La Anarquía** y con lo que nos quede compraremos tierras en la Argentina».

En el trayecto sufren varias averías, que Bonnot repara. En una de las paradas, Platano se **entretiene** apuntando contra los pájaros con las pistolas de su compañero. Bonnot, al que no le gusta que le toquen **sus herramientas** se enfada. Intentando quitárselas, y forcejeando con Platano, se dispara una de ellas y el italiano se hiera gravemente. Al ver que no tiene salvación, Bonnot lo remata de otro tiro. Nada más llegar a París, recorre los cafés frecuentados por los anarquistas, en busca de un refugio. Por mediación de un tal Dubois, conoce a Eugenio Dieudonné y éste lo envía a una pensión de familia discreta, en el 47 de la calle Nollet. Por aquellas fechas, Raymond la Ciencia se ha citado con sus compañeros en una habitación del barrio de Montmartre. Se aloja en casa de Víctor Serge, el cual no se priva de criticar a **los ilegalistas** en su propia publicación («La Anarquía»).

—*Si te permites juzgarnos —dice Raymond a Serge—; si criticas el ilegalismo estás haciendo el juego a la burguesía. Por lo tanto eres nuestro enemigo. Te lo advierto: si no quieres desaparecer del mapa abstente de meterte con nosotros.*

—*¿Qué es lo que dices que me pasaría? —insiste Víctor Serge.*

—*¿Qué quieres que te pase? ¡Que si nos estorbamos te suprimimos y en paz!*

—*¡Vosotros estáis locos de remate! ¡Así no iréis a ninguna parte!*

Un día, Bonnot, satisfecho, lee en **El Progreso** de Lyon: «Ya conocemos al asesino de Platano. Es Bonnot. Sólo falta detenerlo». Esta era una de sus flaquezas: cuando la prensa no daba suficiente publicidad a sus hazañas, Bonnot se consideraba defraudado. A los pocos días, en la redacción de **La Idea Libre**, que dirige Dieudonné, se encuentran por primera vez Bonnot y Raymond la Ciencia y deciden actuar juntos. A Bonnot le sorprenden los planteamientos simplistas de aquellos anarcovegetarianos —como él los llama—, pero su ambición es tan grande —golpear mortalmente a la sociedad burguesa— que es capaz de hacer gala, con ellos, de un gran tacto. Con todo, se verá obligado a hablar claro: «Ya sabéis lo que decía Emile Henry (el anarquista que arrojó una bomba en un café de burgueses): puesto que la burguesía detiene a los anarquistas «en bloque», nosotros vamos a golpearla a ella también 'en bloque'». En la banda no habrá jefe, pero cada cual tendrá una misión concreta: Raymond será el comisario político, Bonnot, consejero militar, Garnier y Carouy, asesores políticos y militares, y Monnier, agente de información.

El robo de coches, que después utilizan en sus atracos, se hace a punta de pistola. Y ante la más mínima resistencia, Bonnot y sus hombres abren fuego en el acto. Pronto se le conoce como «los bandidos en auto». Los asaltos no cesan, y no hay un solo banco en París que se sienta seguro. Uno de ellos, la **Société Générale**, llegará a ofrecer 12.500 francos como recompensa, la cual, a

medida que se recrudecen los atracos. La policía organiza redada tras redada en los medios anarquistas y, en las redacciones de **La Anarquía** y **La Idea Libre**, no pasa día sin visita policíaca. A Bonnot parece que se lo ha tragado la tierra, mientras que Raymond acaba refugiándose en casa de Víctor Serge.

—*Desde hace tres días tenemos a toda la policía de París detrás de nosotros!*

—*Pero..., ¿cómo habéis podido caer tan bajo?, le pregunta, entristecido Víctor Serge.*

—*Ha sido un fallo técnico! Eso... ¡un fallo técnico!, exclama Raymond la Ciencia.*

El subjefe Jouin, ayudado por varios de sus hombres, lee los cientos de cartas que llegan a manos de la policía, con denuncias contra sospechosos; falsas pistas siempre. Cerca de mil quinientas cartas en una semana.

En la noche del 2 al 3 de enero de 1912, Carouy y Metge entran en una casita de las afueras de París. Viven en ella dos ancianos casi centenarios, que, al ver a los desconocidos, se ponen a gritar. Los atracadores los matan a martillazos y a cuchillazos. 30.000 francos es el botín de aquella sangrienta fechoría. Malatesta, ante tales hechos, contestaba que comprendía que, durante la lucha «ciertas naturalezas generosas, pero faltas de preparación moral, muy difícil de adquirir actualmente, llegasen a olvidar el fin a alcanzar y tomaran la violencia como un fin en sí, cayendo en actos salvajes».

LA CAZA AL ANARQUISTA QUEDA ABIERTA

Bonnot se encuentra en Bélgica con Octavio Garnier. Metge es detenido. La policía busca a Carouy, al que suponen jefe de la banda. Raymond la Ciencia confía a sus amigos su decisión de ir a **enterrarse** al extranjero. Se muestra muy dolido de que se le considere como un vulgar asesino, cuando él cree ser un militante puntero en la lucha por la manumisión del género humano (1). Docenas de militantes anarquistas, e incluso simples simpatizantes, son detenidos, interrogados y encarcelados. Víctor Serge y Rirette, pese a ser notorio no comulgan con los métodos violentos de Bonnot y de sus compañeros, también sufrirán persecución. Como un desafío a las autoridades, los atracos recomienzan contra los notarios y los industriales. En varios encuentros con la fuerza pública los atracadores abaten a cuatro agentes de policía.

Georges Traquard, un honesto comerciante de Montmartre, que se define como **anarquista fraterno**, descarga su conciencia en el despacho del Subjefe Jouin: «Si usted perdona a todos los anarquistas detenidos que no han cometido ningún delito, yo quizá podría ponerle sobre la pista de Bonnot». Y, tras breves instantes de silencio,

(1) El anarquista Emile Henry —antes de ser guillotinado por haber hecho estallar una bomba en la estación Saint-Lazare, de París, en 1892— pasó sus últimos días leyendo el **Quijote**.



El Grupo Cultural «Anarquía» en una de sus salidas campestres.

agrega: «O al menos sobre la pista de los títulos de Estado robados en la calle Ordener». Aquel mismo día David Bellonie y Rodríguez regresaban de Bruselas, con el paquete de títulos que no habían conseguido vender. Serán detenidos, poco después de haberse entrevistado con Bonnot y Garnier, en los bulevares. Los palos de ciego que da la policía —castigando a pacíficos anarquistas como Dieudonné—, indignan a René Valet y a André Soudy, que se entrevistan con Bonnot, y al que conminan a pasar a la acción enseguida, aunque les cueste la vida. «Si el poder golpea tan arbitrariamente, nosotros vamos a hacer otro tanto. Y si nos cogen y nos guillotinan, al menos que sea por algo», apostillará Garnier. Este escribe al director del diario **Le Matin**, proclamando que Dieudonné es inocente del crimen de la calle Ordener, y se acusa de ser él quien disparó. Va incluida una nota dirigida a Bertillon, el jefe de los servicios antropométricos de la **Préfecture** del Sena, en la que estampa sus huellas digitales y estas palabras: «Bertillon, colócate bien tus lentes y ponte en guardia». Bonnot, por su lado, al que molesta que se tenga a otro por jefe de la banda, se persona en el despacho de las informaciones generales del **Petit Parisien**, conminándoles a que rectifiquen ciertas aseveraciones. El subjefe Jouin, estimándose ridiculizado, envía su dimisión al Prefecto, que la rechaza airadamente, a la vez que lo emplaza a poner en pie de guerra a toda la policía de Francia, si es necesario, para acabar con la banda de Bonnot.

«O SEREMOS LIBRES O UNOS "FIAMBRES"»

Bonnot, Raymond la Ciencia, Garnier, Soudy y Valet se apoderan, a tiro limpio, de un automóvil **De Dion Bouton**, recién salido de la fábrica, que un chófer y su ayudante conducen hacia el sur de Francia. Los dos mueren bajo los disparos de los atracadores. Raymond comentará —recordando la resistencia que opuso el **cobrador** de la calle Ordener, antes de soltar la cartera del dinero—: «Hay que ver estos lacayos de la mierda cómo defienden los bienes de sus amos». Minutos después, la banda detiene el coche en la plaza central de Chantilly, donde atracan la **Société Générale** —el banco que ofrece recompensas por sus cabezas—; allí matan al cajero y a otros dos empleados más. El botín: 35.000 francos en billetes, 10.000 en monedas de oro y 4.000 en monedas de plata. Bonnot conduce el coche y Raymond hace las partes sobre

la marcha. El Prefecto ordena la ocupación de las estaciones de **París** por el ejército. Se atribuyen 800.000 francos a la policía para la compra de vehículos apropiados y armamento perfeccionado. Se crea una Brigada antigangsters, se amplía el presupuesto destinado a los confidentes; la gendarmería es reforzada y la **Société Générale** ofrece otra prima de 100.000 francos. La gente cesa de enviar denuncias. Una portera llegará a denunciar, como sospechosos, a unos inquilinos porque se han mostrado inusitadamente generosos a la hora de los aguinaldos. De lo que ella deducirá que es dinero conseguido dando cobijo a los atracadores...

Soudy y Carouy son detenidos. El primero en una casa de reposo para tuberculosos —«a la que mis padres no me pudieron enviar cuando era niño», dirá Soudy—; y al segundo en una estación, cuando iba a tomar el tren. Carouy recalcó a la policía: «Que conste que cuando «Que conste que cuando me han detenido yo iba armado. Y que, de no haber tenido cierto respeto por la vida humana, hubiese disparado a diestro y siniestro». Cuando empezaron a golpearla en la comisaría, Carouy se envenenó con una cápsula de cianuro. Raymond la Ciencia sería delatado por Luisa, la única mujer de su vida, fuertemente traumatizada por la desafortunada publicidad dada a los hechos y por las acusaciones lanzadas a los cuatro vientos por la prensa burguesa. Prensa que se guardaba muy bien de hacerse eco de otros sucesos sociales de equivalente, o mayor, trascendencia humana.

Jules Bonnot no se siente ya seguro en su refugio y por indicación de Monnier se persona en casa de Gauzy, un soldador de Ivry. Este lo instala en la habitación de sus hijos. Pero, a la mañana siguiente, Bonnot percibe tres hombres, vestidos como hortelanos, que le parecen sospechosos. Tras despedirse de Gauzy, sale al exterior y hace una inspección por los alrededores. Luego regresa a la casa y saca de su maletín un frasco de tinte. Se tiñe el cabello y el bigote y cuando se dispone a bajar al taller, en la planta baja percibe al Subjefe Jouin, el cual, a consecuencia de la detención de Monnier, ha decidido interrogar al soldador. Cual no será su sorpresa al ver en la escalera, pistola en mano, al propio Bonnot.

—¡Es Bonnot!! —gritará, para que lo oigan sus hombres, que se han quedado fuera.

Bonnot dispara varias veces sobre Jouin y sobre su ayudante Colmar. El Subjefe



Octavio Garnier.

muere en el acto, mientras que otro inspector arrastra hacia afuera el cuerpo del inspector Colmar, que todavía respira. Bonnot, haciéndose el muerto, se deja caer al lado del cuerpo de Jouin. De pronto se levanta y con una agilidad felina se lanza a través de una ventana, cruza el pequeño huerto del soldador, salta una pequeña valla de madera y desaparece. No tardan en acudir patrullas militares y de gendarmes que peinarán los bosques y registrarán, casa por casa, todos los pueblos de la zona, sin encontrar rastro de Bonnot. Este se refugia en casa de Dubois, un mecánico amigo de Platano. Dubois no se anda por las ramas:

—*¡Estás acorralado, Bonnot! ¡Nos traerás la ruina a todos!*

Pero ya sabes: a un compañero perseguido no se le abandona nunca. Bonnot pasa tres días en la cama, enfermo. El 28 de abril, Dubois se pone a trabajar, como de cos-



René Valet.

tumbre, a las 6 de la mañana y ese día su huésped es tan madrugador como él. Dos horas más tarde, cuando se encontraba debajo de un coche, el inspector Guichard irrumpe en el garaje.

—*¡Que nadie se mueva! ¡Vamos a registrar la casa!*

Dubois lleva siempre una pistola amartillada en la caja de las herramientas, con la que abre fuego sobre el inspector Arlon, que acaba de entrar. Entonces aparece Bonnot, tira sobre Guichard, lo hiere en el estómago y escapa corriendo. Docena y media de policías le dan caza y Bonnot, al verse rodeado, se refugia de nuevo en el garaje, sin cesar de disparar sobre ellos. Empieza el implacable asedio. El cuerpo del mecánico Dubois yace al pie de un lujoso Panhard. Bonnot utiliza cinco armas cortas frente a quinientos hombres armados, que disponen, además, de una ametralladora y de varias cajas de cartuchos de dinamita. Alrededor del garaje, a distancia prudencial, se apiñarán hasta 20.000 personas, algunas de ellas esgrimiendo fusiles de caza, sables e incluso horcas. Pronto llegan, también en plan de espectadores, altos funcionarios de la policía y de la Jurisprudencia. Acuden, asimismo, para no perderse el espectáculo, un grupo de comuniantes de un pueblo vecino, acompañados de su asesor espiritual. Mientras la casa se cae a pedazos, Bonnot se sienta en el suelo y escribe: «Yo no pedía gran cosa a la vida. La quería (se refiere a su esposa) y me paseaba con ella por el cementerio, bajo el claro de luna. Era la felicidad que yo había soñado siempre y cada vez todo eso me ha sido robado. Soy un incomprendido por la sociedad... ¿Debo arrepentirme de lo que hice? Probablemente que sí. Pero seguiré mi camino... Declaro que el Sr. y la Sra. Thollon, Petidmange, Gauzy y Dieudonné son inocentes». Cuando se desencadena la última carga, con policías disparando a mansalva, protegiéndose en escudos blindados, Bonnot, metido entre dos colchones, se dispara dos tiros en las sienes. Faltan dos minutos para las doce del mediodía. El asedio ha durado cuatro horas y media. La muchedumbre desborda una y otra vez en servicio de orden. La policía consigue evacuar a Bonnot hacia el hospital, donde muere una hora más tarde. De entre los escombros del garaje la gente recupera los más dispares recuerdos del suceso: herramientas manchadas de sangre, pedazos de colchón sanguinolentos, casquillos de bala... Y, al poco rato, en el patio del garaje se organiza una subasta, en la que los vecinos más despabilados harán su agosto.

LOS ULTIMOS MIEMBROS DE LA BANDA CAEN LUCHANDO

Sólo quedan dos supervivientes de la banda de Bonnot: Valet y Garnier. Con sus respectivas compañeras, Anne Lecocq y María-la-Roja, han buscado refugio en Saint-Ouen, donde viven como unos rentistas. Han estado a punto de huir al extranjero, pero Garnier, por orgullo, se opuso a ello.

—Fue al verlos inactivos, siendo tan jóvenes, lo que nos puso sobre aviso, declararía el comerciante Kinable, al denunciarlos. El inspector Guichard le enseña unas fotografías y el denunciante reconoce a María-la-Roja. El jefe de la policía convoca entonces un auténtico consejo de guerra, pues no está dispuesto a hacer el ridículo de nuevo, como cuando asediaron y abatieron a Bonnot.

Garnier, desde una ventana, descubre sospechosos movimientos de gente por el lado del viaducto y obliga a María a que se vaya.

—*Lárgate enseguida, antes de que sea tarde, porque aquí van a pasar cosas muy gordas...*

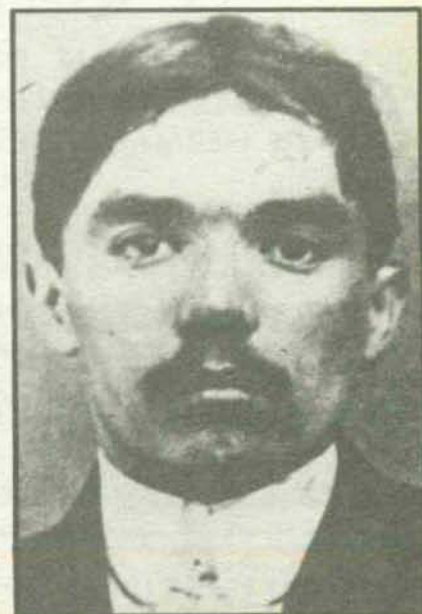
Anne ha sido detenida cuando regresaba de la compra. Junto con María, atadas las dos y acostadas sobre el césped, presenciarán el asedio que durará seis horas. En los primeros tiroteos caen los inspectores Fleury y Cayrouse y poco después otros dos policías. Aquello va tomando el mismo cariz que el asedio de Bonnot. Por otra parte, aquí, en los asaltos, participan destacamentos de tropas coloniales (*zouaves*) y grupos de gendarmes, pero tan mal coordinados que se matan entre ellos. Sobre todo por metralleta de las bombas de mano. Desde el viaducto se arrojan gruesos bloques de piedra para hundir el techo de la casa-refugio de Garnier y Valet. Pero falla el intento. Ya bien entrada la noche llega el jefe de los artificieros de la policía parisina, Kling, que también fracasa, ya que sus máquinas infernales estallan a medio camino todas. Desde la casa los disparos siguen sonando espaciados, pero dando en el blanco casi siempre. Cuando están instalando un proyector, para deslumbrar a los asediados, cae el inspector Délépine. Y el propio ministro del Interior, Steeg, deberá alejarse, prudentemente, pues Octavio Garnier ha estado a punto de alcanzarlo con un disparo cantado. A las dos de la madrugada, coreada por los aplausos de damas con traje de noche, que acaban de salir del teatro, se produce una tremenda explosión. La casa-refugio ha sido volada con varias cargas de dinamita. Garnier muere en el acto, pero Valet, aunque está gravemente herido,



El tipógrafo de Boe.

seguirá disparando, hasta ser abatido por un gendarme. Más de cien mil curiosos se llevarán, como recuerdo, hasta el más ínfimo clavo.

Al fin, el país al decir unánime de la prensa, respira. Todos los miembros de la banda de Bonnot están muertos o detenidos. Ahora Francia se podrá dedicar a la organización de otras matanzas más patrióticas: las que comenzarían en el verano de 1914 y no terminarían hasta el otoño de 1918. Repitiéndose entonces lo que Anatole France había proclamado a raíz de la primera gran confrontación bélica entre alemanes y franceses, en 1870; «Los vimos marcharse a la guerra alegremente, entonando, con gran fervor, nuestros cantos patrióticos. Pero, cuando regresaron —los que regresaron—, no tardaron en darse cuenta de que habían ido a la guerra a defenderlo todo menos la Patria». ■ E. P. P.



Edouard Carouy.